

NOTAS SOBRE LA NOVELA FRANCESA CONTEMPORANEA

Por **Jaime Scolnick**

Profesor en el Colegio Nacional de Monserrat

Mucho se ha hablado de la vitalidad y porvenir de la novela. La predominante importancia que va tomando día a día ese género literario, la interpretan algunos como un síntoma de decadencia, valiéndose para ello del símil de la escalera.

En sus "Ideas sobre la novela", Ortega y Gasset da la voz de alarma: cree que el novelista de hoy corre el riesgo de quedarse sin temas y que el público letrado es incapaz de interesarse por una acción, por bien conducida que esté.

Circunscribiéndome a la producción francesa, diré que la importancia arrolladora que presenta la novela, en buena parte es aparente y se debe al abuso de un término cuyo significado se ha vuelto incierto a fuerza de manoseos.

Ya forman legión los escritores que tienen el equívoco y escogen un vocablo más nuevo, aunque no siempre suficientemente claro para presentar sus libros: confesión, narración, juego, preludio, etc. El expediente es ilusorio y hasta infantil, porque cuando el libro tiene los caracteres interiores de la novela, queda como tal.

Existe en cambio una categoría de obras que sale completamente del género: libros que carecen por completo de ficción y fantasía, aunque con intenciones de observación y análisis: se les podría denominar "ensayos".

Entre esos escritores talentosos y originales podemos citar a: Luis Thomas, Andrés Maurois, Juan Luis Vandoyer, Julián Benda, Gerardo Bauer, Eugenio Marsan, etc.

Debemos, pues, apartar de la novela, no sólo las obras de mérito que no reúnen los caracteres de aquella, sino también las producciones mediocres, que son a la verdadera novela lo que la fotografía a la pintura.

Se reconoce universalmente a los franceses el don de la suavización exquisita y especialmente el de la plasticidad. Pero no cabe duda que el genio francés no puede competir en cuanto a potencia creadora con el genio inglés, ruso o alemán.

Los franceses, menos completos que estos últimos, no brillan en el campo de la ficción. Un novelista inglés, ruso o alemán, crea personajes variados y mundos que abarcan toda la realidad psicológica. El francés, en cambio, se impresiona solamente ante aquello que hace vibrar sus sentidos y aplica toda su atención a establecer las relaciones entre esas impresiones recibidas.

Llegamos a la conclusión que los escritores franceses están en su fuerte en la descripción y en la observación y brillan como paisajistas o retratistas.

Así tenemos esa magnífica lista de escritores que se aplicaron íntegramente a describir la sociedad que los rodeaba: Rabelais, Montaigne, Voltaire, Diderot, Rousseau, Constant, Stendhal, Balzac, Mérimée, Flaubert, Sainte Beuve, Renan, Barrès, Gide.

El novelista francés se esfuerza en obtener un efecto de realidad inmediata, para lo cual cuida hasta el infinito su estilo. De ahí que el arte de la prosa sea un arte esencialmente francés. Se siente atraído y como subyugado por las cualidades plásticas, diríamos, de las palabras; las reúne y acomoda, como quien acomoda las perlas de un collar.

Para tener una visión justa de la novela francesa contemporánea, hay que estudiar especialmente la producción de los escritores jóvenes, los cuales aparecen como paladines de una reacción literaria. Hay que desconfiar, sin embargo, de esa pretendida independencia, y reconocer la influencia de una serie de viejos escritores que han preparado ese movimiento y cuyo sentido explican en parte.

Sería una aberración desconocer lo que significan en el panorama actual, personalidades como Pierre Loti, Anatole France,

Paul Bourget, René Bazin, Henry Bordeaux, Charles Maurras, Maurice Maeterlinck, René Boylesve, etc. Esos grandes maestros han prestado o prestan su cooperación y simpatía a las jóvenes generaciones y vemos a los dos primeramente nombrados, evocar en sus últimos años la lejana adolescencia y juventud, que ofrecen como aliciente a los jóvenes que surgen: así aparecieron las hermosas páginas de *Prime Jeunesse* (Loti) y *La vie en fleur* (France).

Más cerca de los jóvenes podemos citar a Colette, Edmond Jaloux, los hermanos Tharaud, André Gide y George Duhamel, que han orientado a la generación de la post-guerra, mostrándonos una nueva forma de encarar las cosas.

Las obras de largo aliento son poco frecuentes entre los novelistas franceses. En efecto, sacando "*Jean Christophe*" de Romain Rolland y "*A la recherche du temps perdu*", Francia no tenía hasta ahora obras de vasta envergadura para oponer a las que producen Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos: la "*Forsyte Saga*", de Galsworthy; el "*Ulysses*" de Joyce; la "*American Tragedy*" de Dreiser; la "*Zauberberg*" de Thomas Mann.

Los pueblos nórdicos siempre han gustado de las novelas de extensión, con cuya lectura entretienen sus largas veladas.

Recién ahora la nueva generación francesa produce una serie de grandes novelas que pueden compararse sin desmedro con las anglo-sajonas y alemanas.

En ese número se cuenta "*Les Thibault*" de Roger Martin du Gard, que fué un serio candidato al premio Nobel.

Georges Duhamel nos presenta a Salavin, un neurótico y caprichoso protagonista, héroe de seis volúmenes que forman una sola serie. Terminada ésta, el autor prometió escribir otra que comprenderá cuatro o cinco volúmenes.

Es Duhamel un consumado maestro en su arte basado en la simpatía, la emoción y la reflexión moral. Su influencia sobre los jóvenes novelistas se ejerce en forma continua y segura.

Podemos citar aún, siempre entre las obras de cierto aliento, "*L'ordre*" en 3 volúmenes, de Marcel Arland, una novela psicológica de la post-guerra; "*Les jeux du ciel et de l'enfer*", en igual número de volúmenes de Henri Ghéon.

Un lugar aparte merece el nombre de Edmond Jaloux, autor de un verdadero repertorio de casos psicológicos, que no hubiera podido escribir sin el auxilio de su vasta cultura y su espíritu abierto a todas las sugerencias.

Algunas de sus obras: "Escalier d'or", "Fumées dans la campagne", "L'incertaine", "Les profondeurs de la mer".

André Gide aparece como el jefe de la nueva escuela de la novela de análisis y se caracteriza por su preocupación constante por la vida subjetiva del individuo y el respeto de su valor moral.

La novela social existe en Francia, por supuesto, aunque a veces se confunde con el naturalismo.

Pierre Hamp ha emprendido una especie de epopeya del trabajo, con que pretende hacer obra de sociólogo, presentándonos diversos aspectos de la industria moderna y del mundo de los negocios.

Una pléyade de brillantes escritores se encarga de mostrarnos el estado espiritual de la generación de la post-guerra, en una serie de libros que son verdaderos documentos: "Le songe" de Henry de Montherlant, los libros recientes de Pierre Drieu la Rochelle, de Georges Oudard, de Raymond d'Etiveaud, "Les enfants perdus" de Georges Gabory.

En íntima relación con la novela social está el nuevo movimiento literario francés que con el nombre de "populismo" ha sido emprendido por dos jefes: André Thérive y Leo Lemonier. El populismo no es en suma más que una nueva encarnación del naturalismo, pero moderno, adaptado a las tendencias de la vida actual, pero fiel al principio enunciado por Zola: el estudio paciente de la realidad y el resultado obtenido por la observación de los detalles.

De modo que el principio de la Física que dice que "nada se crea, nada se pierde, todo se transforma", puede aplicarse perfectamente al estudio de la literatura y su evolución.

Una rama de la novela que ha sido herida de muerte, es la novela histórica; son excepcionales las obras de algún valor que pueden señalarse, por ejemplo "Le Vitriol de Lune", de Henri Béraud.

Existe en cambio una superproducción de novelas de observa-

ción, entre las cuales son muy leídas las novelas rústicas y regionalistas, exóticas y coloniales. Como precursor de la novela exótica no figura más que un sólo nombre, Pierre Loti, el narino de sensibilidad enfermiza que paseó su mirada nostálgica por todos los cielos y todos los mares.

Claude Farrère, los hermanos Tharaud (Jerónimo y Juan), Louis Bertrand, los hermanos Marius - Ary Leblond, han escrito libros interesantísimos sobre el Oriente, Africa del Norte y las islas de las posesiones; muchos de ellos son documentos valiosos del alma colonial.

De una variedad más sensible, es el pintoresco panorama que ofrecen las novelas del terruño, en las que multitud de escritores vuelcan las virtudes y el alma del pedazo de cielo que los ha visto nacer.

Una lista de esta clase de obras sería interminable. Las hay referentes a cada provincia y cada rincón de Francia, desde Normandía hasta la luminosa Provenza, pasando por las brumas de Bretaña, el esplendor de Turena, la dulzura de Borgoña . .

Como especímenes: el "Cantegril" de Raymond Escholar, "Gasparón des montagnes" y "Les jardins sauvages" de Henri Pourrat, "Visites aux paysans du Centre" de Daniel Halévy, "Tuvalche" de Louis-León Martin, etc., etc.

Las "confesiones" de mujeres o de niños, tan numerosas en las letras contemporáneas, son formas particulares de la novela psicológica o de análisis; la literatura de la post-guerra se caracteriza esencialmente por la importancia creciente de la producción femenina y la que tiene como único tema los pensamientos, emociones y la vida de un niño.

Parece que los novelistas de hoy sienten en un momento determinado de su carrera literaria la necesidad de remontarse hacia los primeros años y hacer hablar el alma aún indecisa y oscura que llevaban en ellos.

Unos se han descrito a sí mismos; otros han observado a su alrededor, buscando en otros niños su propia infancia, y los más numerosos, en fin, han tomado como héroes de sus novelas a menudos personajes, aunque prestándoles siempre rasgos familiares.

La literatura femenina, aunque al vez algo desordenada, no deja de ser rica y sincera. Como iniciadoras habría que citar a Rachilde, Gérard d'Houville, la condesa de Noailles, Lucie Delarue-Mardrus, Marcelle Tinayre, Myriam Harry y especialmente Colette Willy.

Ellas han sido seguidas por una verdadera legión, que en mayor o menor talento, se ha ocupado de la condición, derechos y aspiraciones de la mujer (Marcelle Vioux, Renée Dunan, Magdeleine Marx, etc.); "retratos" de niñas liberadas (Marcelle Prat, Christiane Fournier); confidencias tiernas o apasionadas (Hélène Picard, Hélène du Taillis, Charlotte Chabrier, Jeanne Galzi, etc.).

Todas las formas de la novela contemporánea podrían entrar en dos grandes grupos: la novela psicológica y la de aventuras.

Esta última ha sufrido una notoria influencia de la novela inglesa, especialmente por intermedio de Marcel Schwob y André Gide.

La gran conflagración de 1914-1918 ha dado un empuje inusitado y muy personal a una de sus ramas: la literatura de guerra.

A propósito, diré que se comienza a discutir el valor testimonial de los libros de guerra. M. Jean Norton Cru, ex-combatiente francés y profesor de una universidad norteamericana, examina unos 400 libros de guerra desde el punto de vista de la autenticidad de los hechos y sentimientos expuestos. Bajo el punto de vista puramente documental, fustiga "Le feu" de Barbusse; "Les croix de bois" de Dorgelès; "Gaspard", de René Benjamín y "La vie des martyrs" de Georges Duhamel. El no admite más que "Nous autres à Vauquois", de M. André Pézard y la serie de cuadernos de guerra de Maurice Genevoix, esta última premiada por la Academia Goncourt.

A pesar de los cambios y transformaciones que quieren efectuar los cenáculos y escuelas literarias, la novela de análisis permanece incólume y más segura que cualquier otra. Esto se explica fácilmente, conociendo los dones especiales del novelista francés.

M. Hugo P. Thieme, sabio profesor de la universidad de Ann Arbor (Michigan), dice, refiriéndose al intelectual de Fran-

cia: "La superioridad proviene de que ha adoptado en su enseñanza el método de la demostración, del análisis y de la interpretación. El maestro francés es, ante todo, un individualista, y su objeto es formar alumnos individualistas, intérpretes, analizadores, observadores, pensadores y no estadistas y máquinas".

A eso debemos agregar las cualidades más salientes del espíritu francés y que son como un sello: la precisión, la claridad y la simplicidad.

Así se explica que sean ellos los llamados a desempeñar en el mundo moderno el papel de instructores.

Entre los nombres pertenecientes a la novela psicológica, debemos citar como consagraciones literarias a: Marcel Proust, Jules Romains, Francis Carez, Jean Giraudoux, Valéry Larbaud, Paul Morand, Alexandre Arnoux, etc.

Marcel Proust fué autor de un método de psicología nueva, consistente en buscar en el fondo de la humana conciencia, el movimiento secreto que explica las pasiones y los sentimientos y mostrar el reverso de la voluntad y el pensamiento.

Jules Romains analiza sobre todo la relación existente entre las colectividades y los individuos. Francis Carez aplica el mismo método a casos patológicos y estudia la obsesión del remordimiento y la perversión sentimental.

Hay algunos que se preocupan tanto con hacer una psicología de laboratorio, que la acción de la novela queda totalmente paralizada. Ese abuso se nota especialmente en las obras de Alexandre Arnoux.

Cerca de la vieja tradición de la novela de análisis, pero con un sentido más exacto de justiprecio de los valores morales, Jean Louis Vaudoyer y François Mauriac, han estudiado en personas de vida pacífica y banal, el trastorno producido por la tempestad de la pasión: han mostrado conflictos entre el deseo y el freno moral, tentaciones insostenibles minando la pureza de un alma noble. A este grupo de escritores podemos agregar los nombres de Emile Baumann, Julien Benda, Gérard—Gailly, Martín—Chauffier, etc.

Podríamos indicar otros autores, cuyas novelas, sin dejar de ser de análisis, son también realistas, aunque de un realismo dis-

creto y sin excesos. Así, por ejemplo, René Lalou (*Le chef*), Henri Deberly (*L'impudente*), J. Kessel (*La steppe rouge*, *L'équipage*), Lucien Fabre (*Rabevel ou le mal des ardents*), mostrándonos este último en su libro, al prototipo del hombre de negocios moderno, en quien la ambición, la energía y la sensualidad se desarrollan en concordancia perfecta.

Otros autores se apegan más a las enseñanzas dadas por Eugène Fromentin que a las de la nueva escuela; tales: Jean Sarment, Raymond Kadiguet, Henri Béraud, Pierre de Barneville, Robert de Traz, Gabriel Maurière. Este último, en su obra "*Le bel âge*", ha hecho un trabajo original de acción movida y bien conducida; es una novela que se destaca netamente entre tantas otras que han quedado como asfixiadas en el afán de sus autores de hacer psicoanálisis.

En efecto; aislarse demasiado en la descripción de una alma, es querer perder contacto con la realidad de la vida.

Como verdaderos renovadores de la novela de análisis, aparecen Raymond Escholier, Jacques de Lacretelle, Roger Martin du Gard, cuyas páginas desbordan de movimiento y color. Estos últimos son de los más brillantes de la generación contemporánea y se han preocupado con el estudio de la vida moral, desdeñando los detalles simplemente anecdóticos y pintorescos.

Jean Cocteau y Philippe Soupault hacen gala de un lirismo atormentado, en sus descripciones de mundos incoherentes; sus obras son tan características de la época actual, como las de Max Jacob, en cuyas páginas encontramos fantasía y patetismo, ironía y emoción.

Quiero terminar estas notas, forzosamente incompletas, señalando la gran influencia que la novela inglesa y rusa han ejercido y ejercen sobre la francesa, lo que se nota por la sensibilidad y emoción que se van dejando de lado, para dar lugar a la voluntad y energía constructiva.
